

ALINE KINER

LA NOCHE DE LAS BEGUINAS

Traducción de Lucía Dorin



Kiner, Aline

La noche de las beguinas / Aline Kiner. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.
368 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Lucía Dorin.

ISBN 978-987-628-737-1

1. Novelas. I. Dorin, Lucía, trad. II. Título.
CDD 843

Título original: *La nuit des béguines*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: diciembre 2023

© de la traducción Lucía Dorin, 2023

© Éditions Liana Levi, 2017

© de la presente edición Edhasa, 2023

C/ de la Diputació, 262, 2º 1ª
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-737-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.500 ejemplares de *La noche de las beguinas*, de Aline Kiner, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., el 24 de noviembre de 2023.

A mi padre, siempre aquí
A Thomas

En este barrio de París que llaman le Marais, el pantano, en la esquina de la calle Charlemagne y la calle de los Jardins-Saint-Paul, se erige una torre resquebrajada. Marca el extremo norte de una muralla de más de ochenta metros de largo, reforzada por una segunda torre. Allí se encuentran los vestigios de una fortaleza construida a fines del siglo XII por el rey Felipe Augusto para proteger la ciudad. Un recuerdo de las guerras medievales sobre el que se apoyan hoy los edificios del liceo Charlemagne. En su extremo sur, el muro se encuentra con la calle del Ave María, por el nombre del convento que, antes de la escuela, ocupaba el predio. Pero en el siglo XIV tenía otro nombre. Se llamaba la “calle de las Beguinas”.

Porque ese cuadrilátero, cercado por callejones empedrados de gris, donde el ruido de la ciudad se atenúa, dejando el aire libre a los gorjeos de los pájaros, a los gritos de los niños que juegan a la pelota, a las risas de los adolescentes, varones y mujeres mezclados, a sus voces fuertes y sin ataduras, albergaba entonces —muchos lo ignoran— una institución única en Francia: el gran beguinaje de París. Fundado por Luis IX. San Luis.

En ese lugar, y en los barrios de los alrededores, vivieron durante casi un siglo mujeres notables. Inclasificables, inasibles, rechazaban tanto el matrimonio como el claustro. Rezaban, trabajaban, estudiaban, circu-

laban por la ciudad a su antojo, viajaban y recibían amigos, disponían de sus bienes, podían legarlos a sus hermanas. Independientes y libres. Una libertad que las mujeres no habían conocido hasta entonces, y que no conocerían sino muchos siglos más tarde. No todas fueron conscientes de ello. Pero algunas lucharon para conservarla.

Durante años, recorriendo las calles del Marais, busqué sus huellas. Día tras día, vinieron a mí, sombras fuertes y livianas. Escuché sus risas y sus cantos, el ruido de sus pasos sobre el empedrado, sentí sobre mi piel ese mismo sol que las hacía entrar en calor, y en mi nariz, el olor del río tan cercano. Soñamos, temblamos, caminamos codo a codo. Como compañeras que el tiempo separa, pero cuyos deseos, miedos y rebeliones se armonizan en un mismo eco.

1^{ero} de junio de 1310

Si no fuera por el silencio, se podría pensar que era un día de fiesta.

Hay una multitud, en la plaza de Grève, ese lunes que precede a la Ascensión. Todos los habitantes del casco urbano. Los comerciantes y los funcionarios, los burgueses y los artesanos, los estudiantes y los clérigos, los soldados, los mendigos, los palanquines y los peones que se habían acercado al puerto a ofrecer su mano de obra. El calor de los cuerpos apretados, su olor. Piel mugrientas, alientos corrompidos, mezclando sus exhalaciones con el hedor que viene de la calle de los curtidores y con el perfume fangoso del río. En los vanos de las bellas viviendas que rodean la plaza se asoman, de pie, las damas y los gentilhombres vestidos de colores vivos.

Los clamores y los gritos, los cantos de apoyo a los barqueros y a los esportilleros se han acallado en una larga ola rebotante. Detrás del rumor de la chusma, solo se percibe el chasquido de la madera sobre la piedra —los barcos golpean su panza contra la playa— y el chapoteo del agua, mínimo, apresurado.

Todos tienen los ojos puestos en el centro de la plaza, donde se levanta una hoguera casi similar a las que se erigen, en ese mismo lugar, para las fiestas de carnaval y de San Juan. Pero en

lugar de máscaras danzantes y de jóvenes aprendices que saltan por encima de las llamas, es una mujer a quien vemos trepada a esa hoguera, con los pies descalzos directamente sobre la gavilla, con el pelo negro y una larga camisa adheridos al cuerpo.

Es tan alta, tan frágil, su cuello nudoso sobresale por la abertura de tela a través de la cual le hicieron pasar la cabeza. Erguida, sin embargo. Y dura. En nada cambiada por los largos meses de cautiverio, los múltiples interrogatorios, y el silencio que ha mantenido. Ellos lo tomaron por arrogancia. Simplemente no tenía nada que decir. Nada que pudieran comprender.

Un poco más lejos se ha montado una segunda hoguera. Atado a la estaca, desplomado sobre sus piernas, un hombre con el rostro desfigurado. Un judío acusado de haber escupido sobre las imágenes de la Virgen.

Pero todos la miran a ella.

Humbert se encuentra a unos metros de ahí, por su gran estatura se destaca por encima de la plebe. Quiere acercarse más. Hasta ver los párpados cerrados de la condenada, y sus rodillas que sobresalen bajo el sudario con el que está vestida. Empuja con los hombros a la matrona apretujada contra él, se desliza entre los grupos que un movimiento inconsciente apura hacia el centro de la plaza.

De pronto, a su derecha, percibe un empujón similar al suyo. Una silueta menuda, envuelta con una capa gris, se cuela entre los espectadores.

Ahí están los dos a unos pasos de la hoguera.

El verdugo espera, con la antorcha en la mano. Cerca de él, un dominico, de toga blanca y manto negro. Guillaume de París, el inquisidor. Otro hombre lleva espada y sombrero de plumas. El preboste. Este se adelanta, deposita un libro sobre la paja a los

pies de la mujer. Ella inclina levemente la cabeza, abre los ojos de par en par, como sorprendida. En ese preciso momento, el viento sube desde el río. La silueta que se adelanta paralelamente a Humbert rechaza la multitud, avanza con paso decidido hacia la hoguera y deja caer su capucha.

Una mata de pelo rojizo se despliega sobre la ropa oscura, despeinada por la brisa.

La torturada gira la cabeza. Parece mirar a la jovencita que acaba de descubrirse, y reconocerla.

Humbert la mira también, estupefacto. Nunca se hubiera imaginado encontrarla ahí, ni con ese hábito.

El verdugo da un paso hacia la hoguera. Humbert baja la cabeza, se da vuelta. Sigue con la mirada a la pelirroja, de nuevo cubierta, y a otra muchacha, vestida del mismo modo, que la toma de la mano y la jala bruscamente. Luego, abriéndose paso con los hombros, él se vuelve a ir hacia la playa.

Pronto, el olor de la madera y de la carne que se consumen excede a todos los demás. Y el grito de la multitud, excitada y compasiva, cubre el grito del hombre en la hoguera. Tal vez también el de la mujer que están quemando viva. Ya que nadie puede exigirle que permanezca en silencio hasta el final.

Primera parte

De enero a junio de 1310

“Hay mujeres, entre nosotros, a las que no sabemos cómo llamar, laicas o monjas, pues no viven ni en el mundo, ni fuera de él.”

Collectio de Scandalis Ecclesiae
Gilbert de Tournai (hacia 1200-1284)

1

Leonor, su abuela, lo había afirmado. Al ver cómo se vaciaban las chozas de los pueblos circundantes, cómo los jóvenes con los pantalones destrozados y la panza vacía abandonaban sus familias y sus parroquias por la ciudad, le había dicho a Ysabel: “Llegará el día en que los contornos de nuestro mundo se habrán transformado a tal punto que la gente de mi edad ya no podrá reconocerlo. Yo desapareceré pronto, ¡pero tú, mantén los ojos abiertos!”.

Esa mañana de enero de 1310, Ysabel se levantó mientras los primeros fulgores se filtraban a través de la ventana de su cuarto. Se vistió con ropa de abrigo y, como cada día, se dirigió a su jardín. Ahí está acucillada cerca de un arriate cercado de ramas de avellano trenzadas, la palma apoyada en la gleba. Sueña con la nueva década que comienza y se pregunta lo que pensaría de esto su antepasada, cuyos huesos se han secado desde ya hace tiempo en la tierra donde quiso que la enterraran.

¿El mundo ha cambiado? No sabe qué pensar. Conoció a tres reyes. Luis IX había muerto mucho antes de que su segundo esposo falleciera y de que decidiera entrar al gran beguinaje. Su sucesor Felipe III el Atrevido había muerto a su vez. El 6 de enero de 1286, bajo el rosetón nuevamente plantado en la

catedral de Reims, el arzobispo había ungido con el santo crisma la cabeza, el pecho y la espalda de un adolescente de una hermosura vigorosa. Desde entonces, el Hermoso reina sobre el reino. Un caballero, un cazador que, en las horas más serias o solemnes, e incluso durante el nacimiento de su hijo Carlos, sigue persiguiendo a sus presas, espoleando su jauría por los bosques de Orleans, de Halatte, del Vaudreuil, de Montargis o de Compiègne. Obstinado, eficaz. Educado en el culto de su abuelo, figura venerada de la que ha hecho, luego de un largo procedimiento de canonización, un santo. San Luis.

Con semejante soberano, y bajo la protección de semejante ancestro, el reino parece más poderoso que nunca. Lleno de energía. Las ciudades erizadas de flechas y gabletes puntiagudos. Los ríos y los mares surcados por barcos panzudos, con la bodega cargada de vino, de sal y de telas. Desde hace décadas, la tierra de Francia no ha tenido ninguna guerra importante, ninguna epidemia, ninguna hambruna. ¿Qué podría ocurrirle de malo?

Y sin embargo.

Después del jubileo de 1300, año declarado santo por el papa —un momento de alborozo y perdón, la indulgencia plenaria prometida a cada uno—, algunos, con la mirada más afilada que otros, han empezado a notar señales en el cielo.

Poco a poco, los inviernos se volvieron rigurosos. En 1303, la helada quemó la tierra. En el verano de 1305, la sequía achicharró las cosechas en curso. En 1308, el primer sábado después de la Ascensión, una tormenta de nieve, cuya violencia se vio aumentada por la caída de grandes y pesadas piedras, devastó la región parisina. Las siegas perecieron con las semillas, y las viñas con los racimos. Y el treintavo día de octubre de 1309, durante más de una hora sopló un viento tan violento que su ímpetu hizo tambalear, del lado oriental, los grandes arcos de piedra de la iglesia Saint-Denis.

Ese mismo año también, el último día de enero, precisamente a la una y veinticuatro minutos de la tarde, el sol se conjugó con la luna en el grado veinte de Acuario antes de desaparecer. El eclipse duró más de dos horas. Por encima de su jardín, Ysabel vio el aire colorearse de rojo y de azafrán...

¿Qué hay que deducir de todo eso? La anciana suspira. Bajo sus dedos, la superficie de la tierra está crujiente, endurecida por la helada. Rasca la corteza fría, hunde la mano, atrapa un terrón y lo amasa con benevolencia hasta encontrar la elasticidad y el calor del humus. Triturado por sus dedos, exhala el buen aroma del estiércol que ella ha esparcido antes de las primeras heladas —guano de vaca, abastecido por un campesino del pantano, y paja para que se pudran juntos—. Ojalá que llegue la primavera, sueña ella, la tierra será generosa. En ese pequeño mundo, donde ha elegido vivir, los cambios parecen tener tan poco control.

Se queda todavía un momento oliendo el aroma penetrante. Por fin apoya las manos sobre sus muslos y se pone de pie, sintiendo la rigidez de las piernas.

El jardín está instalado contra el flanco sur de la capilla. Rodea sin prisa el edificio bajo, construido sobre sus contrafuertes de calcáreo claro —todavía le queda tiempo antes del oficio de la mañana—, desemboca en el patio alrededor del cual se apretujan las viviendas de sus compañeras. A través de las persianas entreabiertas, percibe el halo de las lámparas de aceite y las velas, las siluetas que se mueven, el tintineo de los recipientes y las cubetas.

Todo es tan tranquilo en este lugar... No ha olvidado su sorpresa cuando empujó el portal por primera vez. Agotada por un viaje de diez días desde su Borgoña natal, dolorida por los traqueteos del carruaje y las noches en malos albergues, aturdida después de su travesía por París.

No conocía la ciudad, entonces, salvo Autun donde residía uno de sus parientes. París le había parecido un monstruo. Un ogro con la ropa tornasolada, de una vitalidad alegre, vigorosa, pero con el aspecto aplastante y el aliento fétido. La multitud en las calles estrechas, ensombrecidas por los voladizos, los pórticos y las galerías suspendidas, los clamores de los comerciantes en sus talleres, los gritos de los mercaderes de gofres y obleas, los puestos encumbrados de los zapateros, sombrereros, ropavejeros, asadores que desbordan por el empedrado, los fardos cargados en la espalda de los hombres o arrastrados en carros, los animales que nos empujan, caballos, cerdos y perros vagabundos, el barro, la suciedad y los desperdicios, el espantoso olor de las bacinillas de excrementos lanzadas casi sobre los pies de los transeúntes. Una vez que se cerró el portal, con la cabeza todavía zumbando, Ysabel creyó haberse sumergido en un agua quieta, tan profunda es la calma que reina en el recinto.

El solar es un oasis en el interior del casco urbano. Un enclave bien defendido. Apoyado al este sobre la muralla de la ciudad. Resguardado al norte por las altas viviendas de la calle de Poulies-Saint-Paul. Protegido también al oeste por varias filas de edificios a lo largo de la calle del Fauconnier, donde da la entrada. Preservado al sur del río y de su tráfico por la poderosa torre Barbeau cuyas cadenas barren el Sena hasta el castillo de la Tournelle, en la otra orilla, y defienden París. Una plaza fuerte, sin las voces viriles del acuartelamiento. Una ciudadela para las mujeres, no una prisión.

Había escuchado un roce de alas —un carbonero que se posaba sobre el frontón de una casa—, y, salir volando de una ventana, la risa de una jovencita... Recuerda haber levantado la mano hacia el cielo amurallado y luminoso.

De pie en medio del patio, ahora tiembla. Incluso al abrigo de los muros, el frío es rudo, el viento logra escurrirse a lo largo de las piedras resplandecientes de hielo. Extraída de su ensueño, se ajusta a su alrededor la mantilla de lana y se dice que es tiempo de prepararse para el oficio cuando un grito proveniente de la calle la detiene.

—¡Mi leche, mi buena leche!

El primer clamor de la mañana. Al que le sucederán los del pregonero de baños y los del pregonero de vino, los horticultores y luego la vendedora de legumbres del pantano. El canto de la ciudad.

Ysabel duda, se dirige hacia la puerta. Un cuenco cremoso, recién salido de la ubre de la vaca... Con qué curar la nostalgia del campo que la embarga al salir de su jardín.

La conserje está en su pequeña casa, cerca de la entrada. La anciana beguina golpea la puerta. Guillaumette aparece, con el busto cayéndole sobre sus anchas caderas.

—Voy a comprar un poco de leche, ¿quieres?

Guillaumette sonrío, empuja la llave en la cerradura. La puerta se resiste, la guardiana apoya su hombro, al abrir se tropieza con una silueta acurrucada en el exterior contra el marco.

Un niño flaco, vestido con una esclavina sucia, el rostro disimulado por su capucha, un mendigo, sin dudas, que espera la caridad de las buenas mujeres del beguinaje.

Guillaumette esboza un gesto, pero Ysabel la detiene.

Bajo el mentón anguloso, que el niño presiona contra su cuello, se escapa un mechón de pelo. Largo, y pelirrojo.

Ysabel se inclina, acerca su mano al cuerpo hecho un ovillo.

—Ven pequeña, debes estar congelada con este frío.